

Una defensa de la diplomacia clásica *

Han transcurrido cerca de siete meses cuando esta crítica se escribe—junio de 1958—desde que Mr. Kennan pronunció ante los micrófonos de la BBC londinense una serie de siete conferencias, que fueron en sí mismas un acontecimiento político mundial de primer orden. Por su repercusión en los puntos de vista de los comentaristas más autorizados de su país, por el comentario que sobre la tercera de las conferencias—el problema alemán—se apresuraron a hacer tanto Kruschef como el presidente de la República Federal alemana, Dr. Th. Heuss, por la discrepancia pública entre este último y su canciller Adenauer y por condensar de nuevo—como en su artículo de 1950 en “Foreign Affairs”, firmado con una X, en el cual explicó las bases teóricas de la política de contención—un punto de llegada de la opinión cualificada de los grupos dirigentes de los Estados Unidos, convenía analizar el libro transcurrido un espacio de tiempo suficiente a la perspectiva.

En el extraordinario interés despertado por las conferencias, por su reproducción en “The Listener” y más tarde por el libro, influye sin duda la personalidad del autor. Diplomático del Departamento de Estado, especializado desde los años veinte en asuntos rusos, uniendo a su formación profesional una académica alcanzada en universidades americanas, en el Instituto de Ciencias Políticas de Berlín y en la actualidad en el Instituto de Estudios avanzados de Princeton, donde profesa historia política contemporánea rusa, autor de una obra monumental sobre las relaciones ruso-soviéticas, cuyo primer tomo, “Russia leaves the war”, ha sido considerada como una aportación de gran clase al período de las intervenciones occidentales en la guerra civil rusa, autor de otra obra aparecida en 1952, “American Diplomacy”, en que analiza los supuestos psicológicos de la política exterior americana, Mr. Kennan fué cabeza del

* GEORGE F. KENNAN: “Russia, the atom and the West”. BBC Reith Lectures 1957. London Oxford University Press, 1958.

Departamento de planeación, política del Departamento de Estado, bajo el secretario, Dean Acheson, teórico de la política de contención, planeador de la NATO y hasta 1952 embajador de los Estados Unidos en Moscú.

Su biografía en sí misma justificaba la expectación con que se siguieron sus conferencias, pero, a la opinión bien informada, otro hecho de mayor importancia interesaba en la aparición pública de Kennan. El conferenciante representaba la vuelta a la vida pública y política, y definiéndose sobre el tema esencial de su país y aquel que en los primeros años de la Administración Eisenhower levantaba la histeria provocada por los “cazadores de brujas”, del punto de vista de los intelectuales. Si algún hecho tiene la máxima importancia en el ámbito mundial en los tres últimos años es la salida del ostracismo de los intelectuales en los dos grandes bloques que se disputan la supremacía mundial. El caso de Polonia—al menos en el origen del régimen de Gomulka—el fracasado, por brutal represión, intento de los escritores del círculo Pitoef, en Budapest, de acabar con el régimen implantado por los stalinistas de Rakosi, son exponentes de tal fenómeno en el bloque soviético.

En Estados Unidos el fenómeno ha alcanzado categoría de noticia, es decir, de alimento del hombre medio, suministrada por las revistas de gran circulación. El semanario de mayor tirada mundial, “Time”, publicó el año pasado un gran reportaje con el título de “La reconciliación de los intelectuales”. El impacto de los Sputniks rusos ha servido para mostrar ante los ojos del ciudadano de Main Street las consecuencias de encerrar a los intelectuales en un dogma y en situarlos en la estratificación de clases americanas en lugar de segundo orden. Todas las revistas prestigiosas del mundo libre han dedicado estudios documentados al status social y progresiva influencia desde la muerte de Stalin de los científicos e intelectuales en la Unión Soviética y la idea de que es más importante para los Estados Unidos favorecer las vocaciones teóricas que poseer unos escuadrones más de jets ha ganado carta de naturaleza en aquel país.

De por sí, tal cambio de actitud es un avance considerable en la posición mundial de los Estados Unidos y de sus aliados, ya que significa una posibilidad de apertura de la visión, que en los últimos ocho años estaba reducida a la consideración exclusivamente militar de la política mundial, con perjuicio para la consideración de otros factores psicológicos, económicos y sociales que, de perpetuarse la guerra fría y descartada la guerra preventiva contra la URSS por el equilibrio relativo atómico, decidirán, a la postre, la pugna, sobre todo por la alineación o enajenación de los países no decididos (*not committed countries*).

Tal cambio de opinión gana terreno en los Estados Unidos. Los hermanos Alsopx (cuya columna diaria leen quince millones de americanos), Lipmann en la prensa y el senador Kennedy, Stassen, y en algunos puntos el vicepresidente Nixon, son conocidos por su énfasis en la necesidad de un nuevo plantamiento no exclusivamente militar y que tenga en cuenta los deseos de libertad de los pueblos, que reconozca las posiciones intermedias y que no hiere los sentimientos democráticos de los países. (Coin-

ciendo en el hecho esencial olvidado en el calor de la guerra fría de que la mejor arma contra el comunismo es la libertad). Paralizados en Norte de Africa por el impasse argelino, los Estados Unidos evolucionan hacia una política de defensa de la autodeterminación de los pueblos y libertad política en Africa, tratando de recuperar así su tradición anticolonialista, si no siempre seguida, siempre sentida en el orden de los ideales por el americano y hacia un cambio de actitud frente a las dictaduras suramericanas.

En esta perspectiva deben situarse las ideas de Kennan. Pero coincidía la fecha de sus conferencias con la reunión de la NATO en París en los días que siguieron al lanzamiento del primer satélite artificial ruso. La ansiedad de los Estados Unidos ante tal reunión queda demostrada por el hecho insólito de la cooperación del candidato demócrata Adlai Stevenson con el Departamento de Estado para la preparación de aquella conferencia y la invitación de que formase parte de la Delegación.

Las ideas de Kennan venían elaborándose desde tiempo atrás. El antiguo Secretario de Estado Dean Acheson creyó necesario, en un artículo para *Life*, es decir, dándolas la máxima publicidad, hacer unas declaraciones en las que negaba que las ideas del antiguo embajador en Moscú fuesen las del partido demócrata y en que señalaba que ya cuando era planeador de la política rusa, del Departamento de Estado, él personalmente disintió y rechazó algunas de sus propuestas.

La idea central de Kennan, en "American Diplomacy", es que los Estados Unidos han tendido a considerar sus relaciones internacionales con una visión moralista e ideológica que les quita toda flexibilidad y que les mueve a las formulaciones de "rendición incondicional del adversario", de tan funestos resultados en el caso de la guerra contra Hitler. Quizás esta manera de vivir la vida internacional sea un fruto de la alta idea moral que las antiguas colonias alcanzaron en su lucha contra la metrópoli y en su situación de defensores de la autodeterminación de los pueblos en el siglo XIX, quizá provenga del ingrediente calvinista de las minorías del Este, decisivas en la vida política norteamericana hasta bien entrado el siglo XX. El autor es decidido partidario de la diplomacia tradicional, de "Embajador a Embajador", que en su opinión tiene la enorme ventaja de afrontar problemas concretos, uno a uno, poniendo la base de entendimientos más generales, si bien no totales. Porque la idea que Kennan se hace de la convivencia internacional es una, en la que siempre existirán puntos de fricción entre las grandes potencias, pero limitados a puntos concretos y posibles de resolver. Nada más contrario a la creencia de las oposiciones totales que pueden preceder al total entendimiento, pero que por estar teñidas por la visión del enfrentamiento dos sistemas que postulan cada uno la propia perfección, conducen a la mentalidad de rendición total. En este sentido Kennan es el antípoda de la concepción trostkysta de la política exterior, de la de Lenin y también de los teóricos americanos del roll-back del tipo de Burnham (un extroskysta). Su visión tradicional de la diplomacia aparece en sus recelos (en el libro reseñado y en el resto

de su obra) frente a las conferencias de jefes de Estado, popularizadas por Churchill y Roosevelt durante la guerra, es decir, en una situación "total" anómala frente a la situación normal de la diplomacia, frente a la diplomacia de propaganda —o mejor dicho, a la hipertrofia de ésta en las relaciones internacionales— y también frente a las Naciones Unidas. La Conferencia de Ginebra la considera por una catástrofe, ya que levantó unas esperanzas que no podían ser cumplidas por no estar preparada la base de la solución (1).

En el presente libro el autor aplica esta concepción a las relaciones ruso-americanas. Afirma que no propone un programa, sino que sugiere unos temas de reflexión a los encargados de la dirección de la política exterior de su país. "Lo que yo he tratado de sugerir aquí no es lo que los gobiernos deben hacer, sino sobre lo que deben pensar". En otra parte declara que el hecho de que los dirigentes rusos hayan recibido bien algunas de sus ideas, no le estorba para mantenerse en ellas. A Kennan es difícil tacharle de "compañero de viaje", ya que fué el promotor de la política de su país en la época de Corea, del puente aéreo de Berlín y el gobierno soviético solicitó su retirada de la embajada de Moscú.

La primera de las conferencias, al tratar de la situación interna rusa, es la que, por basarse en datos no completos, como ocurre con todo análisis de la realidad rusa, puede considerarse más sujeta a críticas de detalle. Pronunciada días antes del lanzamiento del primer satélite está ajena al complejo de inferioridad que se desarrolló en los Estados Unidos y en general en todo el Occidente, en aquella época, sin duda por una primera impresión exagerada y que va dejando paso a una actitud más constructiva, de debida estimación del avance ruso en determinados campos industriales, espoleando la excesiva confianza americana, pero sin sumir, como el primer momento, en pesimismo catastrófico. Insiste Kennan en la crisis agrícola rusa. La conferencia es también anterior al discurso de Minsk

(1) El carácter "moralista" de la misión de la actual dirección americana —encarnación por los U. S. de la verdad política y económica en oposición a lo intrínseca y totalmente condenable— no incapacita, sino más bien justifica a sus ojos medidas y decisiones que son incompatibles con el credo democrático de la Revolución americana. Es una consecuencia común en todos los conflictos vividos "religiosamente" que invalidan los instrumentos y clima de lo que tradicionalmente ha sido la Diplomacia. Momentos semejantes fueron las guerras religiosas hasta Westfalia, el primer momento de la Revolución francesa y la política de "revolución permanente" de Trotsky. Sin embargo, a todos ellos sucedió una vuelta al planteamiento clásico, compatible en la época de Stalin y en la de Krushev con el uso de los instrumentos revolucionarios. La diferencia de la diplomacia soviética y americana a este respecto puede residir en que la URSS opera con más éxito de dos maneras diferenciadas destinadas a dos

sujetos distintos: a los Estados, la diplomacia tradicional; a los pueblos, por encima de los Estados, la propaganda revolucionaria. Los Estados Unidos no han sido exitosos en la segunda de las acciones y muchas veces —en Sur-América, por ejemplo—, su política de apoyo a regímenes impopulares ha tenido consecuencias, a la postre, dañosas. La URSS, por otra parte, ha sufrido muchas veces de la posible contradicción de fines de los dos elementos de su acción internacional (véase I. DEUTSCHER, "Stalin. A political Biography", sobre la época del miedo al cerco alemán). La diplomacia ideológica de ambas partes y las realidades de la política de poder llevarán a ambas potencias, de hacerse aún más evidente la imposibilidad de victoria total de un bloque sobre el otro, a una reducción de los factores confesionales, y a la vuelta al sistema de negociación y de distinción entre la política internacional e interna, en nuestros días, implicadas en grado que aumenta la peligrosidad de la situación.

de Kruschev, primer paso de una reconversión de la estructura agrícola, a base de una mayor autonomía de las granjas del Estado y descentralizando los parques de material agrícola. No aborda con detenimiento la estructura y reparto del poder real entre el Ejército, Partido y Burocracia, y señala solamente el mayor papel e influencia de la *intelligentzia* en la nueva situación.

Lo más interesante de esta parte del libro puede ser su advertencia contra el estado de espíritu extendido en su país, de que la competencia con la URSS en todos los terrenos, produce la creencia que cualquier avance industrial o de otro tipo ruso, significa una derrota americana; esto no puede conducir más que a una pérdida de confianza de América en sí misma, ya que en el grado de desarrollo de la Unión Soviética y en virtud de la ley de los rendimientos, los avances rusos serán proporcionalmente más espectaculares que los de un país más desarrollado y saturado, como los Estados Unidos. Uno de los mayores errores del anticomunismo ha sido suponer que un régimen reprobable por la supresión de las libertades, como es el ruso, no podría desarrollar el país, cuando, debido a la congelación de los salarios, los empréstitos forzosos, el trabajo forzado y la disciplina del trabajo—mantenida, si es necesario, por la policía política—, contaba con mayor libertad para capitalizar que los países que deben tener en cuenta la libertad individual y operar a través de los mecanismos indirectos keynesianos. Se comprende que los especuladores éxitos rusos hayan deslumbrado a países retrasados industrialmente o mal dotados de medios de información, pero el hecho es menos admisible en lo que se refiere a los Estados Unidos.

En cuanto a la producción militar rusa, Kennen dice textualmente: “Uno se pregunta, extrañado a veces, cuánto tiempo ha de transcurrir antes de que las gentes se den cuenta que la capacidad, para iniciar una terrible guerra de destrucción, reposa ahora en un gran número de manos, y que el peligro es ya tan grande, que variaciones de grado no representan gran cosa...” (Pág. 11) “...nuestra tarea ya no es impedir a otros países adquirir la capacidad de destruirnos; es demasiado tarde para eso. Nuestro problema es tratar de que no tengan la voluntad o el incentivo para hacerlo. Para ello hemos de mantener nuestra capacidad de amenaza (Our deterrent capacity). Pero esto es una tarea limitada, que no implica una carrera industrial y científica con la URSS”. (Pág. 12.)

Al argumento de que la capacidad industrial rusa producirá un aumento de la ayuda a los países no desarrollados y por ello una progresiva satelización de los mismos, Kennan parece oponer la creencia de que en el estadio actual del mundo hay lugar suficiente para la ayuda y la competencia de las dos grandes superpotencias. Implícitamente viene a afirmar que las dificultades de Rusia comenzarán cuando, al erigirse en país acreedor, aparecerá ante los “have not” como potencia conservadora, entendido este término en sentido de sus relaciones internacionales, opinión ya avanzada por cierto número de autores americanos, entre ellos por V. Michels Dean (“The nature of the Non-Wetern World”), y por el exemba-

jador americano en la India, Chester Bowlec, en "Africa's challenge to América".

Kennan está operando aquí, como en todo el libro, un intento de de-limitación de campos, tarca previa a una política cualquiera, porque ni los Estados Unidos ni la URSS, a pesar de sus enormes posibilidades, están en condiciones de hacer todo a la vez y tomar cualquier acción del contrario como un desafío, al que es existencial responder.

Una concesión a la naturaleza ideológica de la pugna: la manera de batir al comunismo es "reformular los defectos del propio sistema". (Pg. 13.)

La segunda de las conferencias insiste en una idea que Kennan había anunciado en diversas ocasiones. La naturaleza de la amenaza rusa para el mundo Occidental no ha sido nunca exclusiva, ni aun predominantemente militar. "La amenaza no ha sido nunca de un ataque militar. Ha sido una combinación de amenaza militar y política, pero más política que militar".

"Una amenaza, íntimamente unida con las debilidades y defectos de nuestra civilización occidental. Esas deficiencias, en realidad más que a la fuerza de las armas soviéticas, son el principal instrumento de nuestra destrucción". (Pág. 17.) "Uno de los más serios peligros de la "supermilitarización del pensamiento" de los occidentales, en relación con el desafío soviético, ha sido que ha confundido a las gentes radicalmente acerca de lo qué se puede hacer para salir al paso de esta amenaza". (Pág. 18.)

El autor no hace más, en estos párrafos, que dar forma coherente a los pensamientos del hombre medianamente bien informado sobre la consideración, casi exclusivamente militar, de los problemas de la guerra fría. Desde Corea es evidente que la URSS ha sacado conclusiones de sus errores de crear tensiones directamente, y basada la política americana en el deterrent nuclear total, que exige para su eficacia que el problema sea claro y decisivo por razones psicológicas, tanto en los dirigentes americanos —que salvo el partido extremista de la guerra, a lo Mac Arthur, y en época de predominio e incluso monopolio atómico no son belicistas—, como en la opinión pública americana y occidental, se ha producido una panalegación de la respuesta a las acciones soviéticas.

(Recuérdese la actitud inglesa en la última fase del conflicto de Indochina, contra una aventura atómica que al parecer rondaba la mente de Bidault.) Los occidentales se hayan desarmados ante las operaciones indirectas rusas, de las cuales el Próximo Oriente es el ejemplo más ilustrador. De hecho la doctrina de Eisenhower se basaba en dos ideas, cuya exactitud era, al menos, discutible: la posibilidad de localización de un conflicto de por sí importante para la balanza del poder y la eficacia de una amenaza que carecía de la voluntad de realizar.

Según Kennan, otra consecuencia indirecta de la militarización del pensamiento es la creencia en la posibilidad de solución total en las conferencias de jefes de Estado. Un arreglo total, pasando de una situación de total oposición, se produciría solamente si la guerra apareciese como inevitable y posible de fracasar la conferencia o de no celebrarse, pero ¿es

tan cierto que en el cálculo de las dos grandes potencias entra la guerra como factor decisivo? Kennan opina que ésta solamente se haría inevitable si la posición de uno de los grupos fuese radicalmente dañada en un punto vital —fundamentalmente en Centroeuropa y Alemania, en su opinión—, aparte de los peligros de guerra “automática” o por error, sobre los que tanto han especulado los creadores de la campaña en favor del desarme atómico, dirigida por Bertrand Russell y Priestley y el grupo “Victoria del Socialismo”, en Inglaterra.

Una Conferencia de altura sin haber preparado el camino mediante la reducción de la tensión por acuerdos concretos sobre las situaciones más explosivas, no conduciría sino a un ficticio clima de optimismo, a la larga contraproducente, como el que se conoce por “clima de Ginebra”, o una intensificación de la guerra fría y la tensión, que aparte de sus peligros bélicos incapacitaría a los Estados Unidos para la reconversión de su política mundial por cauces más adecuados a la naturaleza de los problemas que tiene planteados.

Aboga de nuevo por la resolución de los problemas concretos por los conductos diplomáticos normales. En este sentido las conferencias y los acuerdos multilaterales es difícil que permitan una solución, mientras que un acuerdo bilateral ruso-americano —en su opinión— no dañaría la situación de los demás miembros de la NATO, pues reduciría la tensión y siempre contarían con la garantía americana. En este punto Kennan es vago y naturalmente, todos los argumentos en favor de la relación a dos están en las condiciones y acuerdos previos con los aliados.

Considera absurdo pretender resolver los problemas Este-Oeste en las Naciones Unidas, por la estructura de la organización y por el carácter de diplomacia de puertas abiertas y de propaganda de la Asamblea. “Ninguna organización internacional puede ser más fuerte que la estructura de las relaciones de las Grandes Potencias”. Por otra parte, a los occidentales, por su tradición moral y jurídica, les costará más que al bloque oriental “passer outre” una resolución de la Asamblea General y el daño para su prestigio será mucho mayor.

En un punto Kennan parece simplificar con exceso la naturaleza de las relaciones y conflictos de los Estados Unidos y la URSS: “en su mayor parte son cuestiones territoriales”.

¿Cuáles son estos puntos concretos de tensión que han de encontrar una solución antes que un acuerdo general sea posible? Para el autor el esencial y el que encierra mayor peligrosidad, la máxima carga explosiva, es el problema alemán. Se le ha criticado al libro comentado que su autor tiene una visión en exceso europea, de las relaciones ruso-americanas, que pasa por alto el análisis de tensiones tan esenciales como la que produce la división alemana y la situación de Berlín, por ejemplo la del Medio Oriente. La crítica no puede menos de ser considerada fundada. Kennan justifica su enfoque partiendo del principio que una detente exige resolver los problemas uno a uno y para él la zona

de máxima tensión, la única que puede determinar una beligerancia atómica, está en Centroeuropa. Según él los problemas que mantienen la guerra fría son de dos órdenes: territoriales y militares, y los segundos se derivan de los primeros.

El problema alemán es una consecuencia de la política de rendición incondicional de Roosevelt. La guerra fría, consagrada con el golpe de Praga e iniciada con la repulsa por Polonia y Checoslovaquia, de participar en el Plan Marshall, después de alguna vacilación, ha sido el supuesto de una solidificación de las relaciones Este-Oeste en Europa, que favorecía y a su vez se basaba en el stalinismo. Con la muerte de Stalin signos de liberación se produjeron en los satélites, especialmente en Polonia y Hungría. La situación actual es urgente, en opinión del autor, ya que no puede mantenerse por mucho tiempo; toma por ejemplo a Polonia. La actual situación, que ha despertado esperanzas de una desintegración del sistema de satélites, es inestable; "no es ni dominación stalinista completa ni total independencia". (Pág. 35.) "No es posible esperar que permanezca en esta situación para siempre. Habrá o intentos del pueblo, de tomar medidas por sus propias manos y alcanzar la independencia o el comienzo de un proceso de ajuste real al hecho de la dominación soviética". (Pág. 35.) La evolución de la situación en Polonia, desde que se pronunciaron las conferencias y el revivir de elementos de la vieja guardia staliniana, la supresión de la relativa libertad de crítica con que se anunció el régimen de Gomulka (la supresión de la revista "Europa" es el hecho de mayor difusión de tal tendencia), hacen pensar si el stalinismo en nueva forma no está preparando su vuelta a Polonia, como ocurrió en Hungría. El drama de la revolución húngara (2) y la inactividad de los occidentales en aquellos momentos, encierran una lección según Kennan; la necesidad de reducir la tensión centroeuropea si de verdad se desea que los satélites se vayan liberando en la forma de regímenes socialistas, pero no exclusivamente orientados hacia la URSS. A medida que estos países fuesen ganando su independencia, le sería necesario a la URSS tener en cuenta sus intereses —algunos coincidentes con los países de Europa occidental—, disminuiría el peligro de guerra y se debilitaría la posición de fuerza y aun ideológica, de la URSS.

La tesis de que una política de Ghetto, respecto a los satélites, produce el reforzamiento de la posición rusa, tiene ya una larga tradición en Occidente. I Deutscher, en "Russia after Stalin", señalaba que la corriente de liberalización resurgida en el momento de Malenkov, podría quedar anulada —aumentando la influencia militar y produciendo un lhermidorismo— si la tensión militar se agravaba, la postura inglesa respecto a la China comunista, en los años cincuenta, se basaba en la

(2) Las ejecuciones de Nagy, Maletec y sus compañeros, muy posteriores al momento en que Kennan habla, parece indicar que la reac-

ción stalinista es ya triunfante absolutamente en Hungría.

creencia de que un excesivo embargo llevaría al régimen de Mao a lanzarse a los brazos rusos. Gaitskell en repetidas ocasiones y Bevan, siempre consideraron que era necesario una política que favoreciese el proceso de evolución de los países del Este. El argumento tiene un carácter especulativo y se comprende que levante el recelo americano, cuanto más que exige una reconversión de la alianza atlántica y en cierto modo su debilitamiento, pero dada la nueva situación creada por los avances balísticos, no puede desdenarse de plano.

“No puedo pensar en ningún escape de este dilema (sublevación armada frente a la URSS en Polonia u otro satélite con riesgo de guerra nuclear si los occidentales intervienen, o situación como la de Hungría, o stalinismo) que no implique una partida próxima de las tropas soviéticas de los satélites.” (Pág. 36.) Pero las tropas soviéticas no se retirarán mientras el área sea una zona de tensión militar. La cuestión alemana es la clave de toda la situación centroeuropea. La tesis occidental respecto a la unificación alemana, se concreta en la exigencia de elecciones libres, y también la libertad de la Alemania unificada, de escoger sus alianzas militares, es decir, de entrar en la NATO. La segunda condición no la aceptará nunca Rusia. Si Alemania unificada entra en la NATO, podrán permanecer en su territorio las fuerzas aliadas, es decir, que Rusia se habría retirado de una zona vital de Controeuropa sin compensación. Hay quienes, dice Kennan, consideran conveniente que Alemania permanezca dividida, pero esta situación exige demasiado de Estados Unidos, que no es una potencia europea (3), no resuelve la cuestión de Berlín, de enorme peligrosidad, y entrega, como consecuencia, de media Europa a la URSS.

Las soluciones que da Kennan son: a) La neutralización de Alemania, b) la desmilitarización de una zona, c), o un pacto de seguridad mutua.

La segunda de las propuestas viene a coincidir con el plan polaco, hecho público con posterioridad al desarme de una zona en Europa, plan Rapacki. La idea de Kennan es que, sin creer en la buena fe rusa, sin embargo una disminución de la tensión se operaría que alejaría la psicosis de guerra que paraliza a la política americana, habiéndole hecho perder la iniciativa. El plan, opina, no representaría una desventaja o un debilitamiento de la seguridad de los occidentales, ya que ésto

(3) Esta idea de que los compromisos americanos en Europa no deben considerarse como inalterables, va encontrando eco en muchos analistas bien informados. Max Beloff, profesor de Oxford, en su rapport general sobre el estado de la integración europea, redactado por encargo del Consejo de Europa y publicado en forma de libro, dice: “No hay ninguna razón para creer que los rusos y los americanos no pueden actuar juntos; más bien lo cierto es lo contrario, Rusia y América, los dos grandes productos de la expansión territorial y la colonización, en cuyas respectivas historias la “frontera móvil” ha desempeñado tan im-

portante papel, pueden llegar a descubrir que tienen más en común que cada una de ellas con las sociedades más cerradas y más viejas de Europa Occidental y Oriental. Si esto llegase a suceder, sería deseable que no se realizase a expensas del resto de Europa; una de las condiciones de una Comunidad Europea exitosa es que se adapte tan bien a la amistad entre Estados Unidos y Rusia como a su continuada hostilidad”. M. BELOFF. “Europe and the Europeans. A report prepared at the request of the Council of Europe”, London, 1957. Chaltax Windus, pág. 198.

dependería de lo estipulado y de la negociación; una negativa a cualquier propuesta de desarme limitado sería de graves consecuencia psicológicas y a la larga no podría oponerse a la opinión pública —y aun oficial— de países de las alianzas. Por otra parte, la iniciativa occidental aclararía las verdaderas intenciones rusas y en el caso de una negativa soviética reforzaría al sistema occidental. Gran parte del valor del proyecto depende de las verdaderas intenciones soviéticas y del grado de evolución de los satélites. Una salida, aun parcial, de las tropas rusas de Polonia, Checoslovaquia y Hungría, producirían, de ir acompañada de una liberalización de los regímenes, una considerable ventaja para los occidentales.

Esta postura de Kennan se basa en su consideración de la situación militar. Para él la situación es de un equilibrio de capacidad destructiva, de calidad tal, que un cierto avance ruso o americano no altera la situación. No propugna el debilitamiento de la capacidad defensiva de los Estados Unidos. “En lo que se refiere a la eficacia de las armas de largo alcance, de amenaza y represalia, no es la indefinida multiplicación de su poder, lo que es importante para nuestro problema; necesita solamente ser lo suficientemente terrible para ser eficaz contra un acto irracional, de propia destrucción del adversario”. (Pág. 54.) La idea central es que las armas de destrucción masiva servirá durante cierto tiempo “como un escudo contra el máximo cataclismo”, “pero que no puede servir el propósito de construcción de una política constructiva internacional”. (Pág. 56.) “El carácter suicida de estas armas les convierte en inconveniente, tanto para una sanción como para base de una alianza”. Rechaza la fe en el uso de armas atómicas de destrucción parcial (armas limpias o “graduated deterrent”), a causa del carácter grandemente destructivo de las llamadas armas limitadas, cuyo empleo por un beligerante conduciría al empleo de las armas totales en respuesta. La teoría de la guerra atómica limitada se desarrolló en Washington, en el último año, a causa de la constatación de que la amenaza del arma total impedía la respuesta a agresiones militares o políticas limitadas. La publicación del libro de H. A. Kissinger, “Nuclear weapons and Foreign Policy”, convirtió por un tiempo las ideas dispersas en doctrina. Pero aparte de implicar a la larga la guerra atómica total es difícil ver cómo los aliados más expuestos admitirían el acuerdo tácito ruso-americano, de mantener la inmunidad de sus respectivos países. ¿Cómo aceptarían, digamos, Alemania y Polonia, el argumento exclusivo de armas locales atómicas, con capacidad de destrucción de ciudades enteras o de millares de combatientes y la impunidad de Chicago o Stalingrado? La única esperanza de pervivir de Alemania estaría en el empleo, sobre las ciudades y aeródromos rusos, de armas nucleares lo más eficaces posibles, antes de que el enemigo realizase el ataque.

Un máximo peligro aparece a Kennan: la multiplicidad de los países poseedores de armas nucleares. Mientras sean tres los países poseedores un cierto equilibrio y abstención de empleo es posible. Si se arma atómicamente Alemania, se armarán Polonia, Checoslovaquia, Italia, Fran-

cia, y cualquier conflicto local —por ejemplo las fronteras del Este— se convertirían en un conflicto total.

En la penúltima conferencia Kennan abordó el problema de la naturaleza y función de la NATO. Para él existen tres versiones sobre el fin de la NATO: a) la rusa, que la considera un instrumento de agresión; b) los que postulan la guerra preventiva, por ser el conflicto inevitable. Tal postura, afirma, ya no está en la mente de ninguna persona americana responsable; c) reforzar el aparato militar para llegar a una solución impuesta. Esta última postura fué la de mayor vigencia hasta últimamente. Se basa en una concepción de tipo moral, que prohíbe el acuerdo con quien ni cumple los acuerdos y representa una forma de civilización intrínsecamente mala. Tal postura se haya debilitada por el reconocimiento de que falta la posibilidad de realizar la amenaza por las consecuencias de suicidio.

Para Kennan, que pone gran cuidado de señalar que propugna el mantenimiento de la NATO y la conservación de la capacidad de respuesta, la Alianza Atlántica tiene una tercera función, la válida en la actual situación militar y política: reforzar la posición negociadora de los occidentales, pero no en forma que “elimine las posibilidades de una eventual reducción por medios pacíficos de los peligros de una guerra total”, como ocurriría, en su opinión, si se armase atómicamente a los miembros continentales de la NATO.

El libro de Kennan ha sido criticado desde muy diversas posturas. El ataque más duro fué el efectuado por D. Acheson, en el citado artículo de *Life*, del 17 de febrero de 1958; según el secretario de Estado los satélites no serían más libres una vez desaparecida la amenaza occidental en Europa, dejaría a Alemania sin protección y causaría una desmoralización que llevaría a pactar con los rusos a los países occidentales y a la formación de gobiernos controlados abierta o indirectamente por los partidos comunistas.

La idea de la política de “Disengagement” en zonas concretas en sí misma y sin definir qué garantías serían necesarias, tiene poco sentido, pero sobre este tema gira la reflexión de las mejores cabezas americanas. Al menos, aun rechazando el plan Rapacki o el Kennan, se preocupan de la manera de ganar la iniciativa y de ampliar la política americana a zonas —económicas, psicológicas, etc.— distintas a la militar.

Significa, por otra parte, el libro, una defensa de la diplomacia tradicional de negociación por conducto directo y reservado y una advertencia contra el exclusivo uso de la diplomacia de propaganda, y en todo caso una exposición del máximo interés del problema central de las relaciones américo-rusas.

F. MORAN